

Angelina Muñiz, novelista de la generación hispanomexicana

Santos SANZ VILLANUEVA

Parece ocioso, por repetido, insistir en el profundo desconocimiento de buena parte de los novelistas españoles del exilio republicano de 1939, ya que son muy pocos —en relación con una nómina verdaderamente extensa— los que han logrado una difusión aceptable de su obra. Dentro de este problema general hay que destacar uno particular que agrava la anterior afirmación: me refiero a la peculiar situación literaria de aquellos que, hijos de exiliados, han optado por el cultivo de las letras. Se trata de un grupo de escritores que, sin nexos artísticos comunes, coinciden en la dimensión externa biográfica de haber abandonado España a una edad muy temprana, e incluso recién nacidos, por lo que toda su vida y su labor intelectual se ha desarrollado fuera de nuestras fronteras. Es el grupo de escritores que, en el exilio, puede equivaler —cronológicamente, que no en planteamientos estéticos— a la ya reconocida «generación del medio siglo» de la literatura peninsular. En ambos casos, su falta de protagonismo activo en el enfrentamiento armado determina unas características específicas en cuanto grupos literarios; en los novelistas del interior la nota común predominante es la práctica de una estética realista de alcance político; en los del exilio, el alejamiento de la indagación de las causas del desastre republicano. En los dos grupos, además, parece darse un distanciamiento deliberado de la temática de la guerra, aunque sus relatos no ignoren las consecuencias de la misma.

Estos jóvenes novelistas del exilio —nacidos, al igual que los del interior, en fechas que, aproximadamente, pueden circunscribirse entre 1924 y 1936— han padecido el grave problema de encontrarse, desde un punto de vista literario, en tierra de nadie. No han renunciado, en efecto, a su condición de escritores españoles, sin que como tal cuenten

en España, y, a la vez, tampoco se han integrado plenamente en las literaturas nacionales de los países en que han desarrollado su labor¹. Una nómina apresurada e incompleta de estos narradores debería contar con los nombres de Roberto Ruiz —el de producción más amplia y sostenida—, José de la Colina, Francisca Perujo, Tomás Segovia y Angelina Muñiz. Son los escritores para los que Ramón Xirau propuso la denominación de «generación hispanoamericana» y a los que Manuel Andújar ha apellidado «las generaciones de los 'cachorros'»². De ellos, y en esta ocasión, quiero dar noticia tan sólo del último de los mencionados, Angelina Muñiz, y del par de singulares novelas que, por el momento, ha publicado.

* * *

Las dos únicas novelas publicadas hasta ahora por Angelina Muñiz³, *Morada interior* (1972) y *Tierra adentro* (1977), tienen notables puntos en común: su ubicación espacio-temporal en la España Imperial (coincide la primera con la existencia histórica de Teresa de Jesús; arranca la segunda de 1547); la proyección de los sucesos narrados sobre episodios contemporáneos; la reivindicación del judaísmo y la condena de todo lo que ha cercenado la libre expresión de las creencias del individuo. Estos factores son los que permiten relacionar dos relatos, por lo demás, de caracteres muy distintos, pues *Morada interior* es una prolongada introspección, mientras que en *Tierra adentro* predomina la anécdota episódica derivada de una estructura de viaje. En ambos, eso sí, es palpable la inclinación por una novela culta, reflexiva, tanto o más preocupada por la manifestación de ideas que por el contenido argumental.

*Morada interior*⁴ muestra, de entrada, el arrojo de Angelina Muñiz al abordar un asunto que bien puede merecer objeciones de historia-

¹ Existe también una generación de jóvenes poetas hijos de exiliados, radicados fundamentalmente en México, de los que la revista *Peña Labra* (Santander, núms. 35-36, primavera-verano, 1980) ofreció una antología precedida de un interesante trabajo de FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS, «Segunda generación de poetas españoles del exilio mexicano».

² Véase el capítulo así titulado de su libro *Andalucía e Hispanoamérica: crisol de mestizajes* (Sevilla: Edisur, 1982).

³ Angelina Muñiz nació en Hyères (Francia) en 1936. Ha sido becaria de El Colegio de México y en la actualidad es profesora de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado estudios de crítica literaria, ha traducido a Hawthorne, Shakespeare y Pinter. En prosa narrativa ha dado a conocer, además de las novelas aquí comentadas, algunos cuentos, como «Sobre el unicornio» (*Thesis*, México, núm. 5, abril, 1980) y «En el nombre del Nombre» (*Thesis*, México, núm. 9, abril, 1981). En el número de *Peña Labra* citado se recogen varios poemas suyos.

⁴ *Morada interior* (México: Joaquín Mortiz, 1972). Obtuvo el premio literario Magda Donato en 1972.

dores y reparos de quienes se atienen sólo a los datos positivos para la reconstrucción de una personalidad histórica. Muñiz desempolva el «diario verdadero» de una mística que no es otra que Teresa de Jesús, más auténtico, se dice, que sus escritos públicos, ya que «Aquí [en el diario] era libre, tan libre como si no tuviera religión ni moral» (p. 9). Esa absoluta libertad que presupone el relato confidencial⁵ es el pretexto formal buscado por la autora para hacer que la mística aborde su intimidad conflictiva, en la que sobresalen un par de aspectos: primero, la conciencia torturada por los antecedentes judaicos de la santa; segundo, un espíritu atormentado por la emotividad y las relaciones humanas afectivo-sensuales, sin llegar, por supuesto, a aquellas hipótesis de Sender en *El Verbo se hizo sexo*. Ambos aspectos, aunque tienen entidad particular, no están del todo desconectados, pues, desde el supuesto de «Desear ser otra. Haber nacido en una tierra lejana. Negarme a mí. Anhelar otro paisaje. Algo vago» (p. 79), se puede ver con naturalidad su deseo de encontrarse en Suecia con «un alto mozo, rubio y extraño» (*ibidem*) e ir «hasta el final, abandonándome, dócil y ansiosa, resignada y lasciva, pasiva y voluptuosa» (p. 81).

Estas hipótesis pueden parecer aceptables o no, pero desde el punto de vista de la autonomía de la obra de ficción no es cuestión primordial ya que a lo largo del relato se da una continuada superposición de lo que puede entenderse como interpretación histórica de Santa Teresa y de lo que se presenta como análisis de una interioridad (al margen de una personalidad concreta aunque indesligable del horizonte mental de la España de los Austrias). La consecuencia lógica son los desgarradores desdoblamientos de la protagonista:

[...] Y yo ahí, frente a ese espejo de aguas movedizas, con mi cara que no era la mía, que engordaba, que se adelgazaba, que se avejentaba, que se volvía de niño mongoloide, que se estiraba, que se encogía, que la boca subía a las cejas y que las cejas salían volando, que los ojos se vaciaban, que ya no veía nada (p. 30).

El relato ofrece, también, fenómenos de la época que no son añadidos impertinentes —desde una perspectiva literaria—, ya que se implican en anécdotas vitales de la protagonista. Así, se hace un juicio sobre los judíos ajusticiados por la Inquisición,

Renegué de la fe: para mí todos ellos eran mártires más grandes que los mártires. Santos más grandes que los santos (p. 36),

⁵ Atinadas observaciones sobre las variantes de las formas confesionales —diario, memorias, autobiografía...— ha expuesto AURORA EGIDO en un ensayo sobre otra narradora exiliada: cf. «Los espacios del tiempo [en las] 'Memorias de Leticia Valle' de Rosa Chacel», en *Revista de Literatura*, XLIII, 86 (1981). Merecería la pena un análisis sistemático de la frecuencia con que la confesión —imaginaria o testimonial— se ha usado como estructura narrativa en la novelística del exilio (Arana, Barea, Corpus Barga, Sender...).

o se evocan autos de fe:

Lo que nunca olvidaré fue la vez que me llevaron, para fortalecer mi fe, a ver una quema de herejes (p. 34).

No es, pues, novela histórica, en el sentido común de esta expresión, sino relato intimista situado en un pasado cuya virtualidad alcanza el presente. Los valores morales que defiende Muñiz no son contingentes y, por esa razón, se pueden establecer relaciones con los tiempos actuales. La narradora, a partir de esa significación atemporal, llega a proyectarse en sucesos históricos que afectan a la biografía de la propia novelista:

1936-1939. Guerra Civil Española. Volví a nacer con esos niños que perdió la guerra. Los padres ya no importaban, murieron todos ellos en 1936. Los niños se perdieron y se dispersaron por esas tierras y esos mares, no de Dios, sino del hombre (p. 107).

Después, en el destierro, en México, habría de sentir ese dolor placer, pero ya sin Dios. (¿Quién podría creer en Dios después de la Guerra Civil española y de los campos de concentración nazis?) Y sería el dolor del destierro (p. 87).

Por esa misma razón, y porque la rebeldía de la protagonista supone una denuncia general de los mecanismos opresores de la conciencia libre, *Morada interior* se convierte en un alegato contra el antisemitismo:

Podría hacer la historia de los muertos que pueblan mi sangre. El fuego siempre los condenó —desde los autos de fe hasta los crematorios— pero por el fuego alcanzaron la santidad (p. 61).

De manera directa no se nos dice que la autora del diario sea Santa Teresa, pero muchos datos hacen inequívoca y transparente tal identificación. No agota, sin embargo, *Morada interior* su sentido en una discutible hipótesis sobre la escritora de Ávila, sino que ésta antes es el vehículo para una reflexión sobre la libertad de conciencia y creencias en los siglos de oro y, de hecho, a lo largo de toda nuestra historia. No es extraño, por tanto, el salto vertiginoso que con toda naturalidad se produce hasta hechos contemporáneos:

La inquisición ayer y hoy. Siempre la inquisición. En los campos de concentración nazis, 1939-1945. En España, 1939-197... En Grecia, 196... En Brasil, 196... En Biafra, 196... En My Lai, 1968. En Burgos, juicio de dieciséis vascos, 1970. En todas partes, todos los días. Niños, mujeres, jóvenes, viejos (p. 31).

Sin duda, uno de los peligros que acecha a este tipo de literatura es el del pastiche lingüístico, en el que no cae la autora. La frase es sencilla y está presidida por un criterio de elegancia y simplicidad, sin afectación. Algún giro, alguna expresión contribuye a un mínimo de sabor de época, pero de ninguna manera se ha pretendido un remedo clasicizante; además, un tono lírico irrumpe como medio adecuado a la confesionalidad del argumento, y la interioridad atormentada llega a provocar un monólogo próximo a la corriente de conciencia:

Baruk, baruk, baruk, baruju, bendito, bendito, bendito. Bendito, bendito, San Benito, Sambenito, sambenito. Aquel pariente que quemaron, Ahumada, ahumado, Ahumada es parte de mis apellidos. El Santo Tribunal. El Santo Oficio. El Santo Oficio de las Tinieblas [...] (p. 28).

Morada interior puede leerse como el conflicto personal de un alma atormentada por un pasado no bien asumido y por un presente en el que una pulsión metafísica (mística, si se quiere) le lleva hacia áreas ideales e incitaciones terrenas hacia inclinaciones eróticas. También puede entenderse como la exploración de las aperturas de conciencia planteadas por las actitudes intransigentes de quienes coartan la libertad interior y ejercen violencia sobre las raíces del individuo. Esta segunda dimensión es la que predomina en *Tierra adentro*, en la que la situación de los judíos en la España filipina se convierte en tema central.

El modelo de *Tierra adentro*⁶, a grandes rasgos, y sin que aparezcan algunos caracteres formales del género, es la picaresca: confesión autobiográfica de un muchacho; viaje que permite la incorporación de variados incidentes; servicio o compañía de diversos maestros. En cierto modo, hasta el protagonista podría ser considerado un pícaro a la búsqueda de «la cumbre de toda buena fortuna» que, aquí, reside no sólo en un bien material —la felicidad laboral y conyugal en tierras de Safed—, sino en un bien moral, la reconciliación con la propia conciencia religiosa.

Rafael, hijo de judíos toledanos, perseguidos, torturados y ajusticiados por la Inquisición, huye a diversos lugares para preservar su fe («siempre seguiré siendo judío [...] aunque me oculte y me niegue a mí, todo para seguir siendo yo», p. 16). Luego se enrola en una expedición hacia Tierra Santa; tras numerosas vicisitudes llega a Jerusalén y más tarde se establece entre los sefarditas: «Sé que allí viven los judíos españoles que, como yo, eligieron volver a nuestra tierra» (p. 173). Es, pues, el relato de la consecución de una meta: «Habré concebido un fin y tendré hacia qué encauzar mis fuerzas» (p. 111).

⁶ *Tierra adentro* (México: Joaquín Mortiz, 1977).

El problema de los judíos españoles es, como he dicho, el motivo que preside el desarrollo del argumento y a partir de él se levantan varios núcleos temáticos: de nuevo un análisis de la intransigencia que impide la libertad de creencias y coarta la conciencia; la búsqueda de una verdad última que dirija todos los pasos de la persona y la indagación de las raíces culturales y religiosas. Este último aspecto es, en cuanto a los planteamientos históricos del relato, de gran importancia porque más allá de la afirmación del origen judío de Rafael parece proyectarse una reivindicación de la importancia del judaísmo en la historia española, ya que el problema del muchacho surge de la necesidad de conciliar el ser «un judío español que ama a España y que ama a Sión» (pp. 49-50). Con independencia del grado de veracidad histórica de esta disyuntiva, conviene resaltar cómo esa preocupación por el ser de España casi obsesiva en los narradores mayores del exilio es compartida también por la generación más joven; incluso, este tema, que puede conectarse con la característica preocupación noventayochista por el problema de España, indica el profundo enraizamiento con nuestra tradición literaria de una escritora que ha hecho su labor fuera de ella⁷.

El relato tiene una configuración realista y se enmarca en una reconstrucción, a grandes rasgos, del ambiente social del siglo XVI, incluso con algunas escenas más o menos costumbristas, como la reunión de alumbrados a la que asiste el protagonista. No parece, sin embargo, que éste sea interés prioritario de la escritora y muchas descripciones de lugares son muy genéricas, de una deliberada imprecisión que evita detalles locales y las hace convencionales porque no desea que sirvan sino de soporte espacial para el desarrollo de la acción. Así, no nos sorprende la ubicuidad de ese arriero siempre atento a guiar los pasos de Rafael y que resulta como una sombra protectora de la divinidad. La acción, incluso, no posee excesivo interés en sí misma, y un amplio espacio de la novela lo ocupa la reflexión del protagonista dirigida a expresar la decidida defensa de sus creencias. Por todo ello, los personajes son también bastante instrumentales. No obstante, hay que destacar la emotividad sencilla, cálida, de un erotismo exultante y feliz, de los encuentros de Rafael con diversas jóvenes y el calor humano de su relación con Míriam, la también adolescente judía que luego será su mujer⁸.

⁷ Hay que señalar que el planteamiento histórico no agota su sentido en el pasado sino que, como ya hemos visto que ocurría en *Morada interior*, aunque con menor frecuencia, también en *Tierra adentro* se enlaza el problema judío con tiempos actuales.

⁸ Como simple curiosidad, anotaré que el libro va dedicado a Míriam y Rafael, nombre de los protagonistas, aunque también pueden ser personas reales. En el número de *Peña Labra* citado aparecen fragmentos de un largo poema titulado «El libro de Míriam», condensación lírica de *Tierra adentro*.

Mención especial merece el punto de vista del narrador. Ya he señalado que es una primera persona. El relato, en un comienzo, es retrospectivo y, desde la edad adulta, Rafael recuerda la infancia. Esta perspectiva es la del comienzo de la historia:

Mis recuerdos de niñez van acompañados de una tenue y amable tranquilidad, de unas brumas suaves que dulcifican lo que quiere olvidarse [...] (p. 9).

Es, por tanto, la óptica del narrador experimentado que da su versión de los hechos. Pero, a poco de empezar la novela, este relato en pasado se hace en presente de indicativo coetáneo de los sucesos. Es difícil entender este cambio porque, por una parte, ese presente parece filtrado por la misma conciencia del narrador mayor y, por otra, tanto el lenguaje como la visión de los hechos no traslucen la capacidad de expresión de un muchacho de trece años en el inicio de la historia. Parece, por ejemplo, excesivo que se exprese así:

Yo sé lo que soy y eso será siempre, siempre en el fondo. Ahora no puedo pensar bien, un mareo mental afloja mi voluntad, una inercia, una abulia [etc.] (p. 44).

O que una niña alcance esta densidad de sentimiento al dirigirse al joven:

Es vernos vivos por última vez, pues ya no nos queda sino la muerte. Es la conciencia del amor fugaz, vuelto eterno y final. Porque de niña te salvé de unas pedradas, has venido a hacerme entrega del amor, como algo acendrado, como presencia inasible, como definición de lo indefinible. La sensación que no puede ser captada, la libertad que se funde con el aire, eso es lo que tú me has dado para que yo lo guarde (pp. 115-6).

La explicación de todo ello tal vez esté en una cierta actitud lírica que afecta al conjunto del relato y por la cual éste puede verse mediatizado por una sostenida y casi subterránea subjetividad.

Estas dos novelas de Angelina Muñiz prueban la persistencia de la preocupación por temas españoles en la literatura del exilio, incluso en la generación hispanomexicana. Esa inquietud por buscar unas raíces fundamentales, más allá de las anécdotas, se plasma de forma vibrante en esta reflexión de la protagonista de *Morada interior*:

No es que me desespañolice, sino que busco las raíces, las verdaderas y profundas. Esas raíces que cuesta trabajo encontrar, que suele desenterrar y que temen la luz del día (pp. 62-63).

Así que no me echen en cara que me desespañolizo si al llegar a las raíces veo que arrancan de muy lejos, de más lejos que España, de la primera tierra, de la tierra prometida, de la tierra santa. Igual sigo siendo española. Con más fuerza entonces porque ése será mi segundo éxodo, y con más fuerza entonces seguiré siendo hebrea, porque podré vivir en carne lo que es la huida y el mar que se abre y la tierra que me acoge (p. 63).

Sin duda, el problema de la identidad, personal y literaria, es capital para los jóvenes narradores del exilio. Pero Angelina Muñiz no ciñe esa reflexión sobre unas circunstancias históricas y sobre unas raíces personales al hallazgo de su propia identidad; por el contrario, no agota su sentido en sí misma, sino que busca una proyección más general hasta alcanzar una explicación sobre la naturaleza humana. En *Morada interior* se nos dirá que «Donde hay un hombre hay una tortura» (p. 21), y en *Tierra adentro*: «Cómo el hombre rebaja su categoría rebajando a otro hombre» (p. 162). De tal manera, ambos libros son, también, un alegato contra la condición humana.

* * *

Para acabar esta aproximación a las novelas de Angelina Muñiz me parece oportuno reproducir una pequeña muestra de su narrativa, ya que es por completo desconocida (no aparece citada ni en los más puntuales panoramas de la prosa actual). La segregación de un fragmento de una novela siempre la he juzgado inconveniente y, por ello, prefiero que esta muestra reproduzca un relato breve —mencionado en nota 3— que, como se verá, coincide con algunas de las preocupaciones de la autora que antes he señalado.

En el nombre del Nombre

Abraham de Talamanca mucho meditó en la palabra de Dios, antes de tomar su decisión. Había estudiado signos y señas del mundo. Leía y releía el Gran Libro y buscaban la revelación. En algún lado hallaría la palabra divina. Su desasosiego era denso: ese no saber qué, salvo que la respuesta está ahí, y no poder encontrarla. No que el mundo sea mudo, sino no entender su lenguaje. No que Dios calle, sino no oírle. Y seguir buscando y el tiempo, mientras, pasando. Tener una certeza que no se aclara, una verdad que no se prueba. Un sonido que no suena. Un color que no se pinta. Una palabra que no se descifra. Un pensamiento que no se expresa. ¿Qué es entonces lo que se tiene? ¿Cómo se puede vivir de incertidumbre, de adivinaciones, de presentimientos?

Abraham de Talamanca siente que sus ideas dan vueltas y revueltas en el pequeño e infinito caos de su mente. Flechas se disparan dentro de su cabeza y, a veces, la toma entre sus manos porque el peso es mucho. Y luego viene el dolor. Empieza el dolor por los ojos que, como luz del entendimiento, tanto abarcan y tanto sufren. Quien no ve no llora. Quien no llora no duele. Espada clavada a la mitad del cráneo. Dolor que ha hecho feudo de arterias y látigo de nervios

y tormento de músculos. Abraham que ama la luz, huye a la oscuridad; que busca el lenguaje, huye al silencio. El dolor aprisiona media cabeza, mientras la otra media cabeza libre se desespera por ser lúcida. Pero la batalla nunca la gana, el dolor reina y con las manos Abraham cubre sus ojos: nada de luz, nada de palabras. Y pierde así días que se le vuelven noches y noches del alma cada vez más oscuras.

Y la respuesta sigue sin surgir. Luego de treinta días de dolor constante de cabeza en que la parte alternante ya tampoco descansaba, fue que tomó la decisión. Saldría en busca del Sambatio, río lejano de la Tierra Prometida, río que corre seis días a la semana y que descansa el sábado; o bien, al revés, que sólo corre el sábado y descansa seis días. Horrisono ruido de río rodado que arrastra piedras, no agua, y arena, y que al séptimo día queda en total silencio y se cubre de nubes. Río que para quien lo atravesase, guarda del otro el paraíso donde habitan las Diez Tribus perdidas. Si lograra llegar, Abraham el talmatino, y si lograra atravesarlo.

Dejaría sus libros, el estudio, los rezos, las meditaciones. Probaría sendas y atajos de romeros y peregrinos, de soldados y vagabundos, de mercaderes y aventureros. La tranquilidad y la cordura las perdería por el camino. No ser reconocido y perderse entre los demás. Perderse para, a solas, más profundamente encontrarse. Y con el fresco de otros amaneceres y el polvo de lejanos lugares olvidar esa búsqueda del no sé qué. Respirar a pleno pulmón aires de la sierra y aires marinos. No pertenecer a nada ni a nadie. La absoluta libertad de quien sólo se tiene a sí. Probar, alguna vez, ser Dios. Imposibilidad de ser uno: siempre el desdoblamiento: siempre la presencia divina. Hablo conmigo y me contesta El, chispa de la eternidad. ¿No se puede estar a solas? ¿La absoluta soledad? No, no, no. Siempre aparece, El, Dios, el sin nombre, el buscado, el deseado, el nunca encontrado, el que nos obliga a la perfección. Por eso salimos por los caminos, con Abraham de Talamanca, en busca de lo inhallable.

Abraham prepara su partida, ligero de equipaje y lleno de sí mismo. El dolor ha desaparecido. Ahora sabe lo que busca, busca el nombre de Dios y éste aparecerá cuando cruce el río último, al final de la larga jornada. Busca el significado de la palabra, lo que hay más allá de la pregunta. Y no puede conformarse con la imperfección del signo. La difícil conexión entre las cosas y su nombre. El pretender encerrar en el espacio de una palabra la idea de perfección, de unicidad, de infinito, de creación, de plenitud, de bien supremo. Dios es un signo convencional. ¿Cómo encontrar su verdadera esencia? *Baruj ha-sehm*. Bendito sea el Nombre.

Ir poco a poco acercándonos a la inmensidad. Lentamente uniendo los eslabones de la cadena. Más lentamente ascendiendo por la escala de la luz. Perdernos en el reflejo parcial y roto de mil espejos contrapuestos. Y, sin embargo, aspirando siempre a subir más y más alto. Ese ansia de volar, sólo en sueños cumplida. *Escalar la montaña. Llegar a la cumbre de aire puro y cielo azul. Abajo los mares y los ríos y los lagos.*

Por campos abiertos y huertos cerrados, por sendas y atajos, hacia lo alto y lo bajo, se extienden las rutas de Abraham el caminante. Y cuando ya la tierra se acaba y la arena se frontera con el agua, surcar las aguas y provocar frágiles espumas y suaves ondas que, con discreción, borran sus vanas huellas. El sol que se da el lujo de la inmensa cerúlea cuna, y luego, la de las cuatro fases también. Cuando ya el mar pierde su libertad y altas rocas lo obligan a replegarse y encerrarse en sí, de nuevo el pie del caminante se apoya en el fatigado polvo, tantas veces hollado, tantas veces trasladado.

En Tierra Santa no sólo poner el pie, sino la mano y llevar el fino polvo a los labios y besarlo. Entonces, iniciar apenas la peregrinación. Ojos, pies, manos y

labios ávidos. Que si la antigua tumba, que si la roca dorada, que si las piedras del desierto. Y luego, hacia el norte, en busca del Sambatio. En busca de la palabra revelada.

Pero el río es espejismo. Aparece y desaparece. Se seca y se inunda. Suena y no suena. Está cercano y se aleja para siempre. La esperanza, por años detiene a Abraham. Después la certeza le retiene. Mientras, la palabra ha sonado, sabe que está ahí, da vueltas y revueltas dentro de él; como la sangre se distribuye por todo el cuerpo, y le va llenando y llenando. Le nutre, le alimenta, le da vida. No tiene forma, se adapta al receptáculo. Circula libre, es perfecta, es tersa. Es única.

Ya no habla Abraham. Ya no escribe. La Palabra ha eliminado las palabras. El Nombre es. La Revelación no puede ser transmitida. El silencio todo lo llena y alcanza su forma exacta.

Abraham ha dejado de buscar el Sambatio. El nombre del Nombre corre por sus venas.

Universidad Complutense.